ricamente aderezada de mucha pluma rica y otras cosas de adorno; con que mostraba el sitio la grande estimación en que tenían a la persona cuyas cenizas, en el túmulo y teatro le estaban representando; al rededor del cual estaban muy por orden, las de los reyes y señores, que las besaban y guardaban hasta cumplidos los cuarenta días que tenían de ceremonia, en los cuales hacían sus obsequias con grandes llantos e invenciones, ayunando todo este tiempo en demonstración de tristeza y sentimiento, de haber perdido tan gran señor y monarca; el cual tiempo pasado lo enterraron muy honoríficamente aunque no dicen el lugar adónde; pero débese creer sería tal para tal persona. También dicen que fue tanto el concurso de la gente que concurrió, que se hincheron los campos y que parecían muy grandes ejércitos y escuadrones, puestos en orden para pelear. Acabadas las obsequias, se volvieron a la ciudad, acompañando al nuevo emperador para jurarle.

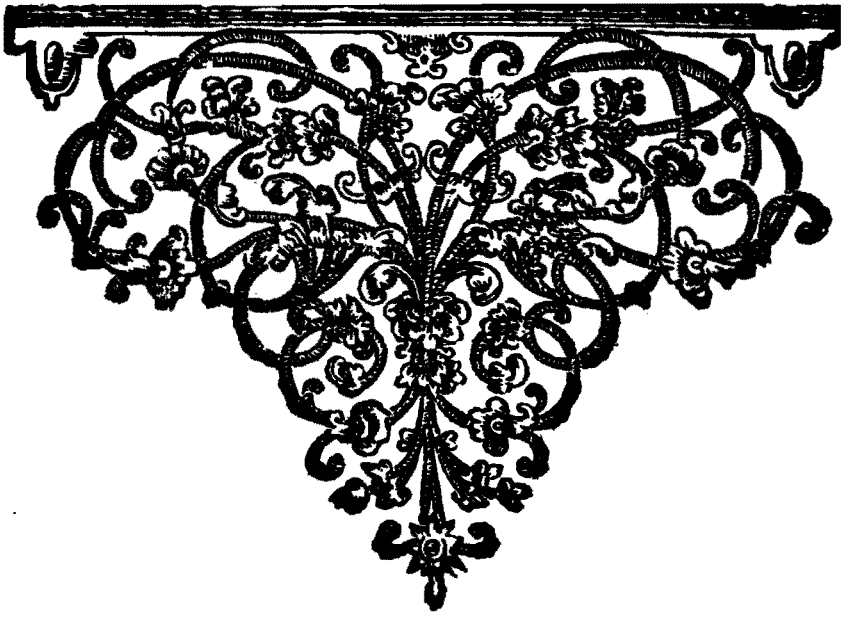
CAPÍTULO XLVIII. *Donde se trata del emperador Quinatzin, por otro nombre llamado Tlaltecatzin, hijo de Tlotzintecuhtli, en cuyo tiempo entraron en la tierra los mexicanos*

UERTO EL EMPERADOR TLOTZIN (Pochotl por otro nombre) cuya mujer se llamaba Quauhcihuatzin, hija del rey de Huexotla, entró en la herencia del imperio su hijo Quinatzin, como lo acostumbraban las gentes de aquellos tiempos (heredándose hijos a padres, y no hermanos a hermanos, ni interviniendo otro algún parentesco, más que el dicho), cuya jura no se hizo en la ciudad imperial de Tenayucan, como la de sus pasados padre y abuelo (como en sus juras hemos dicho), antes ordenó que el entierro y obsequias de su padre fuesen muy solemnes y cumplidas; y acabadas recogió toda la gente y se fue a su ciudad de Tetzcuco, donde pasó la corte, y fue jurado. Pero como ya por estos tiempos había crecido en mucho mayor número la gente, y los señoríos estaban más subidos y autorizados, y la policía de los reinos y provincias se había puesto más en punto, ya no se quiso tratar este rey con el uso común y ordinario, antes saliendo de él (como el que estaba criado en grande policía con los señores acolhuas y tultecas), hízose llevar en andas, las cuales fueron rica y costosamente labradas (por ser grandes artífices de toda obra los tultecas que las hicieron). Estas andas llevaron sobre sus hombros cuatro de los más principales señores, de los que no tenían título de rey y un palio que cubría su cabeza, cuyas varas llevaban cuatro reyes; y como iban haciendo paradas se iban remudando, así los principales y señores, en llevar las andas como los reyes el palio, que no serían pocas las paradas, siendo más de siete leguas el camino. De este emperador se dice que fue el primero que se atrevió a subir sobre los hombros de los fortísimos chichimecas y acolhuas, no estando hechos a tal usanza y de allí adelante lo acostumbró todas

las veces que salía de su casa, para cualquier parte que fuese; y de aquí quedó el uso que los demás después tuvieron de tratarse con este imperio y señorío; y así como el modo del llevarle fue particular y aventajado, así ni más ni menos lo fueron las fiestas y alegrías con que fue jurado, y duraron por mucho más tiempo que en otras juras pasadas se había hecho.

No tuvo contradición ni cosa de cuidado en los principios de su gobierno; y así tenía tiempo de ordenar las cosas de su imperio, como mejor les estaba a todos; y como hombre desocupado de guerras y enemigos vivía vida quieta y segura, gastándola en huelgas y contentos, como hacen los reyes que se hallan pacíficos y seguros en sus tierras, cuyos ejercicios (por no estar ociosos) son cazas y monterías, convites y pasatiempos, aunque muchas veces suele acontecer, que cuando más descuidados están en el contento y gusto de estas cosas dichas, se pone enmedio un sinsabor que les causa sobresalto y les agua lo más gustoso de sus fiestas. Bien contento estaba una noche Baltasar,[1] rey de Babilonia, haciendo convite y gira a los grandes de su corte, cuando se le aparecieron aquellos tres dedos que escribían en la pared de la sala que su reino había de ser dividido y dado a gente contraria y enemiga, como sucedió luego y él fue a las vueltas avergonzado y muerto y en medio de su contento, pareciéndole que no había otra cosa, perdió la honra y la vida; y por no ser molesto ni prolijo, no refiero otros cien mil casos que hacen a este propósito, sólo me contento con decir que aunque los reyes y reinos tengan por algún tiempo paz y tranquilidad, no es tan durable, que perpetuamente permanezca y dure, que cuando menos se catan cesa la prosperidad y se vuelve lo de arriba abajo y lo de abajo arriba y se causan vaivenes de grande terror y espanto.

Algún tiempo vivió (como decimos) Quinatzin en paz y sosiego, gozando de la vida pacífica y quieta que su padre había vivido, pero como con las faltas de las personas, así también suelen trocarse los ánimos de los hombres. Así sucedió, en esta ocasión, del gobierno de este emperador, que olvidados algunos de la amistad de su padre y obediencia que a él, como a monarca, se le debía, se le amotinaron muchos, como luego veremos. En tiempo de este emperador, entraron en la tierra los mexicanos, pareciendo en ella por la parte de el poniente, que no causó poco alboroto su venida; porque muchas veces el corazón pronostica, en particulares sentimientos que hace, las cosas que han de acaecer, en casos que suceden; y así les pudo adivinar a éstos la venida de los mexicanos, la guerra que después les habían de hacer, hasta quedárseles con el imperio, como veremos en el proceso de esta historia. Ahora queda en este punto, con decir, que luego que el emperador tuvo nueva de su entrada envió a Tenancacaltzin, su tío, a que la reconociese y supiese su intento, como lo hizo y dejó pasar. Y aunque por entonces no les hicieron mal ninguno, por parecerles gente pacífica y trabajada, después con el discurso del tiempo y viendo que pasaban de un lugar a otro y que en ninguno de los que tenían reposaban, les hizo guerra este mismo Tenancacaltzin, con toda la gente de Tenayucan, hasta arrinconar-

[1] Dan. 5.

los en el bosque de Chapultepec; y dejando de tratar de este emperador diremos de los mexicanos la salida que hicieron del lugar que llamaron Siete Cuevas y llegada a esta laguna mexicana, por los sitios y mansiones que trajeron, para que puestos acá, prosigamos la historia de todos juntamente; pues de aquí adelante les pertenece a todos juntos una misma mezcla y trabazón de cosas que fueron sucediendo lo cual se verá en el libro segundo, que es el siguiente.